

## DOS FÓSFOROS

Pastor, quisiéramos verlo un momento en su estudio -dijo Pablo Jiménez, hablando por sí mismo y en nombre de su condiscípulo Jorge Collado, alumnos ambos de tercer año de la Universidad.

-¡Con mucho gusto! -repuso el pastor Esteban Rosales-, pasen; en seguida estaré con Uds. Los jóvenes no entraron en el estudio como lo había indicado el pastor, sino que se quedaron cerca de la puerta de la iglesia donde aquél estrechaba la mano a los últimos feligreses que se retiraban. Cuando se hubo dicho la última palabra de amigable despedida, el pastor Rosales se volvió con una alegre sonrisa y dijo: -Bien, muchachos; en qué puedo servirles. Un alegre fuego brillaba en el hogar e irradiaba su calor plácido y agradable, pues la noche era fría.

-Dejen sus abrigos sobre el sofá -dijo el pastor Rosales, poniendo delante de los jóvenes sendos sillones, y se dejó caer luego en su gran mecedora frente a sus visitantes. Pero se sorprendió al ver que Pablo Jiménez corría cuidadosamente las cortinas de las ventanas; y quedó aún más desconcertado al mirar atrás y ver que Jorge Collado hacía girar la llave de la cerradura que aseguraba la puerta del estudio.

-Tenemos algo muy serio que decirle, Sr. Rosales -dijo Pablo Jiménez, mientras su rostro adquiría cierta palidez y sus finos labios se contraían.

-No queremos que ningún entrometido nos observe -agregó Jorge Collado, al notar la mirada de inquietud del pastor.

-Por cierto, nadie trataría de averiguar el asunto de nuestra conversación -repuso el pastor.

-Hemos visto a un desconocido entre el auditorio esta noche -dijo Pablo-; nos ha estado observando durante todo el servicio religioso. Creemos que se trata de un investigador.

-¿Se refieren al joven que estaba sentado detrás de ustedes?

-Sí -respondieron los dos al unísono.

-Ese joven es el nuevo maestro de matemáticas de la escuela comercial.

-No nos ha agradado la manera como nos miraba -repuso Pablo.

-¿Y qué hay con que los miren, jóvenes? -preguntó el Sr. Rosales, cuyo desconcierto aumentaba por la extraña actitud de sus visitantes, a quienes conocía desde hacía muchos años. Las familias de Collado y Jiménez eran gente acomodada y gozaban de mucho respeto en la localidad.

-El sermón que Ud. predicó esta noche nos ha tocado tan intensamente que creemos que Ud. nos tenía presentes cuando lo preparó -dijo Jorge.

-No; no los tenía presentes a ustedes más que a los demás de la congregación -repuso el pastor- El versículo que dice: "Y tened por cierto que vuestro pecados os alcanzará" (Números 32: 23) -continuó diciendo el Sr. Rosales-, debiera hacernos reflexionar a todos.

-A nosotros nos ha hecho pensar, por cierto -contestó Pablo-; pero lo que queremos saber es qué debemos hacer acerca de eso.

-¿Acerca de qué?

-Acerca... acerca...

El joven estaba tan cohibido por la emoción que por un momento no pudo hablar. Su compañero estaba más emocionado aún.

-Díganme lo que los inquieta -dijo con simpatía el Sr. Rosales.

-¿Nos guardará el secreto? -preguntó Jorge.

-Guardaré como cosa sagrada la confesión de ustedes, a menos que alguna persona inocente esté sufriendo a causa de sus faltas.

-Díselo tú, Jorge -dijo Pablo.

Jorge movió la cabeza negativamente.

Pablo tragó saliva dos o tres veces antes de poder hablar. Cuando al fin pudo hacerlo, sus palabras brotaron en rápida sucesión hasta que acabó de referir la historia de su falta.

-Ud. sabe -empezó diciendo Pablo-que éste es nuestro tercer año de estudios en la Universidad.

-Sí -repuso sorprendido el pastor.

-Y Ud. sabe, además, que teníamos gran necesidad de nuevos edificios. El estado había construido algunos muy buenos, pero había dos viejas chozas destartadas que a todos recordaban los tiempos coloniales.

Eran un bochorno para la institución. El rector lo había dicho y los profesores condenaban la tacañería del

gobierno por no haber votado una suma suficientemente grande como para proveer a la Universidad de todos los edificios adecuados. Una y otra vez se decía: "Un lindo incendio le haría un favor a esta institución". "¡Qué lástima que esas viejas ratoneras no se incendien!" y otras cosas por el estilo. Nosotros oímos esa clase de comentarios durante más de un año. Una noche habíamos quedado afuera hasta tarde y nos sentamos en los escalones de uno de los edificios viejos. Hablamos largo rato del beneficio que nos reportaría un incendio. Yo tenía fósforos en el bolsillo. Encendí uno y lo metí a través de una hendidura entre las tablas exteriores y las interiores de la pared de madera. Creo que debe haber caído en un nido de ratones, porque brotó la llama y pronto oímos el ruido crepitante de aquella pared hueca. Dimos un salto y corrimos hacia la parte trasera del otro edificio. Me quedaba justamente un fósforo. "Sería una lástima dejar en pie este otro", dijo Jorge. De modo que encendí aquel otro fósforo y lo hice deslizar por una hendidura, como había hecho con el otro que acababa de originar el fuego en el primer edificio. Creo que nos favorecía la suerte, porque ambos empezaron a arder rápidamente. Huimos después a nuestra habitación haciendo un rodeo y estábamos en la cama cuando los muchachos entraron apresuradamente y, sacudiéndonos, nos dijeron que nos levantáramos para presenciar el incendio.

-No hemos tenido un día feliz desde entonces -dijo Jorge-. No habíamos tenido en cuenta una cosa: varios instrumentos valiosos que pertenecían a la Universidad fueron destruidos aquella noche; un valiosísimo manuscrito que representaba años de investigación de uno de los profesores se quemó. ¡Ojalá nunca hubiéramos quemado aquellos edificios!

Al terminar, ambos jóvenes permanecieron casi sin aliento a la espera del consejo del pastor. Reinaba profundo silencio en el estudio del pastor, interrumpido solamente por la fatigosa respiración de los dos jóvenes.

-¿Qué nos aconseja hacer, pastor? -preguntó Pablo después de un momento.

-Les aconsejo que se presenten ante el juez y que lo confiesen todo -repuso quedamente el pastor.

-¿Qué? ¿Para ser enviados a la cárcel? -exclamó Pablo visiblemente perturbado.

-Jóvenes -dijo el pastor-, a ustedes les quedan muchos años por delante; no pueden resignarse a que esa sombra los persiga por todas partes. Los otros se han hecho dignos de reproche por sus palabras sediciosas; pero ustedes hicieron mal en seguir la insinuación imprudente de hombres que debieran haber reconocido el mal que aquello entrañaba.

-Ud. no va a denunciarnos, ¿verdad? -preguntó Jorge al pastor Rosales. -No, no lo haré.

Otra entrevista se realizó en el estudio del pastor al día siguiente. Estaban presentes los padres de ambos jóvenes, quienes convenían en que el consejo del pastor era la única solución segura para la dificultad. El padre de Pablo llamó por teléfono al juez del tribunal jurisdiccional y concertó con él una entrevista en su despacho. Después que éste hubo oído el relato de los jóvenes, los miró profundamente consternado y permaneció en silencio por un momento. Al fin dijo:

-Jóvenes, me aflige mucho la conducta de ustedes. Desde cierto punto de vista, lo que hicieron podría atribuirse a impulsos juveniles; pero por otra parte es un delito de incendio que si se deja impune motivará incendios en otras partes. Por doquiera se están derribando las barreras que la ley ha puesto en bien de la seguridad social. Y los hombres deberían evitar insinuar a los jóvenes ideas que los conduzcan a la consumación de actos de violencia.

Fue un día triste para la Universidad aquel en que se condenó a los dos jóvenes a un año de reclusión. Desde entonces, ninguna palabra que pudiera interpretarse como una insinuación a la violencia se dejó pasar sin ser reprobada en aquella institución educativa.

A pedido de los jóvenes, el pastor Rosales fue con ellos hasta la prisión. Sentado en la alcaidía, Pablo enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas y dirigiéndose al hombre de Dios, dijo:

-Trate Ud. de imaginárselo, pastor: ¡Jamás podremos escapar de la negra sombra de esta cárcel, que nos seguirá toda la vida!

-Te equivocas -repuso el Sr. Rosales-. Jamás podrían haber escapado de la perseguidora sombra de un crimen no confesado. Esta prisión no pone ninguna mancha sobre el carácter. Son los crímenes a causa de los cuales los hombres son traídos aquí los que contaminan el carácter. La falta habría quedado sobre el alma de ustedes aun cuando nadie, excepto Dios, la conociera. La confesión de su delito ha sido una acción noble que aumenta mi confianza en ustedes. Podrán llevar a cabo en la vida mayor bien del que habrían hecho ocultando su delito.

El alcaide llamó a un guardián y le entregó los presos. Fue un momento de emocionante despedida cuando cada uno estrechó a su vez la mano de Esteban Rosales. La puerta de hierro se abrió. Poco después se cerró tras ellos, dejándose oír el ruido de la llave que giraba en la cerradura.

Nuestros jóvenes afrontaron su suerte con la determinación de hacer cuanto pudiesen por labrarse un honroso futuro. Sus amigos los visitaban frecuentemente. Pero ni de sus padres recibían visitas tan regulares como del pastor Rosales, quien siempre les dirigió palabras de aliento respecto al futuro. Fueron indultados por el gobernador después de diez meses de reclusión. Ahora son comerciantes en aquella localidad y gozan de la confianza de cuantos los conocen.

-Aquella fue nuestra mejor experiencia -decía luego Pablo-; antes, jamás habíamos comprendido la responsabilidad que entraña la conducta. Estoy satisfecho de haber confesado el delito y cumplido la pena.